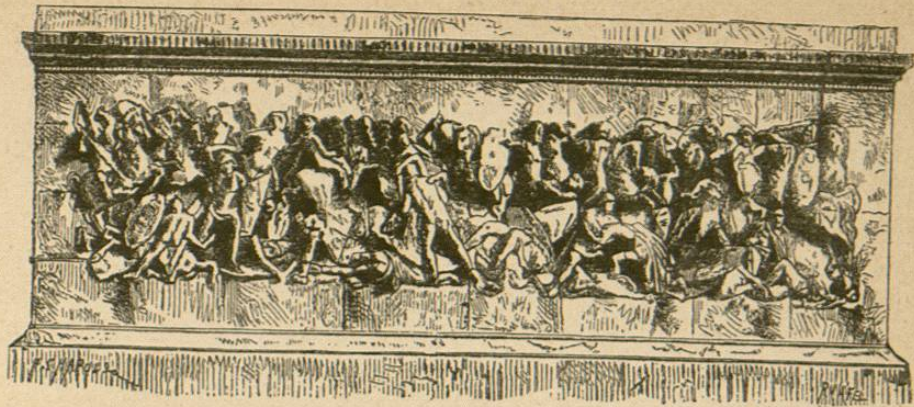


comenzaba de seguro aquella oposición abierta entre la filosofía y la política, en cuyos combates habían de cometerse tantos crímenes y por cuyas incidencias habían de generarse tantas tragedias. El pensamiento tiende de suyo á la realidad. No podían decirse tantas cosas sin que alguna se condensara en tormenta y culebrea en asoladoras centellas. Esta oración fúnebre de Catón traía mucha cola. Gentes de acción varias creyeron que no estaban en el caso de reducirse á discursos y necesitaban proceder con mayor actividad y modificar en las llamas del pensamiento las tristes realidades del Imperio. Así el día mismo en que fué ascendido al trono el nuevo César, se urdió contra su poder y su gobierno una conspiración. Pero volvamos al despojo de Claudio.



CAPÍTULO II

LOS FUNERALES DE CLAUDIO

Cuando volvió Nerón de recibir las sendas sanciones, dadas á su poder y á su fortuna por pretorianos y senadores, como el primer y más natural reconocimiento de su autoridad fuera pedirle la consigna, ó sea la formularia frase para la guarnición, llamada entre nosotros santo y seña, pidiéronse en efecto los guardias y dió esta con toda reflexión: «Al modelo de madres.» Verdaderamente no se puede urdir una conspiración palatina con tanto acierto y perseverancia como la ultimada ya por aquella emperatriz formidable, que unía con los arrebatos propios de una sensibilidad exaltada las matemáticas operaciones de un sereno raciocinio. Pero si había en realidad sido la mejor de las madres por montar un trono, como aquel elevado á las plantas ya del hijo de sus entrañas, no la movió en tanta empresa el amor á éste, la movió el amor á sí misma; y no fué Nerón emperador para imperar por sí, lo fué para que imperara en su nombre quien estaba por ley de naturaleza más cerca de él, y hasta cierto punto más sobre él en la tierra: su amorosa madre. No se necesitaba pertenecer á los adivinos y á los astrólogos para presagiar, desde los primeros momentos de aquel reinado,



Agripina laureada
(moneda de oro)



Agripina y Nerón
(moneda de oro)

que amenazaba un conflicto entre quien poseía de nombre y por honor el imperio y quien lo detentaba y lo mantenía para su personal goce y su particularísimo provecho. En los primeros instantes de su exaltación al trono, cuando el sensual muchacho lo contemplaba ya bajo su dominio, al considerarlo copiosa suma de placeres sin cuento, el afecto de gratitud á quien le procurara satisfacción tanta debía predominar sobre todos sus afectos y tenerlo como embobado de gratitud y rendido á la obediencia de una madre cual aquélla, tan solícita en el bien y grandeza de su hijo. Mas bien pronto á la satisfacción de haber obtenido el imperio debía subseguir la necesidad de poseerlo, necesidad solamente satisfecha con usarlo; y al ocurrir á esta necesidad, natural en quien tiene una propiedad cualquiera, el cuitado había de hallarse con que le dejaban el nombre y el honor, pero no le consentían el usufructo. Dueño de la tierra, y pupilo; un dios en público, y en privado un siervo; con la tierra y la humanidad á sus propias plantas, y tendido en guisa de lebrél hermoso bajo ajenas plantas; el cetro un juguete de niño, la corona un arreo de teatro, el trono un escenario, el poder una ilusión: ¡ah!, esto no podía consentirlo de modo alguno, dadas las condiciones de nuestra naturaleza y de nuestra vida, el último, no ya el primero, de los hombres. La guerra se había, pues, de suscitar por fuerza, y la catástrofe consiguiente había de sobrevenir por una lógica y suprema consecuencia de todos los hechos ya conocidos del hijo y de la madre. Mas en la hora que corre de nuestra relación y en el instante crítico que historiamos no se notaba nada de esto, no. Todos los personajes con papel en la tragedia hecha por el destino sentíanse gozosos y se jubilaban á una en este goce y gozo connaturales á la fase aquella de su espíritu y al estado aquel de su existencia. Celebraba la feliz Agripina su victoria; celebraba Nerón su imperio; celebraba el taimado Vitelio los aumentos de su poder y de su influencia; celebraba Séneca la ocasión de fundar un gobierno estoico por medio de su coronado discípulo predilecto; celebraba Persio la muerte de un déspota sin preguntar su nombre, porque los odios suyos se concentraban todos sobre la institución del despotismo; celebraba Lucano la vuelta de su República, porque nunca el vencido por su amor y culto á los grandes ideales pierde la fe viva en

su idea, y como no pierde la fe viva en su idea, no pierde tampoco la consoladora esperanza. Los dos únicos seres desesperadísimos entre los demás tan bien hallados con la suerte deparada por el destino en aquel momento á cada cual de ellos, los dos únicos eran Octavia y Británico. Esposa Octavia del joven asesino moral de su padre, y esposa desdeñada; nuera de la horrible parricida que se atrevía en su artero disimulo á festejarla y acariciarla con las manos mismas que habían mixturado en las alquitaras de Locusta y vertido en las setas del festín aquellos venenos corrosivos; á mayor abundamiento y para más dolor abandonada del marido que la tomó por fuerza para cohonestar su ascensión al trono y mostrar cómo le había llevado en la canastilla de novia la corona de Claudio, no tenía más remedio que recluirse dentro de un gran silencio y mostrarse, si no conforme con su triste suerte, á su triste suerte resignada, como una estatua llorosa puesta sobre antigua sepultura ó como una protagonista de cualquier tragedia clásica, entregada por completo á merced y disposición del destino. Todo lo contrario de Octavia Británico. Éste sentía lo irreparable de su desgracia, nacida de su orfandad, y trataba de remediarla, si no con actos, con protestas, combatiendo á más y mejor, aunque sabía con seguridad que al término del combate se hallaba la ruina y la muerte. Mas debe decirse para su honra, como alivió y compensación á su desgracia, que la cadena de aquella esclavitud, soportada con tal dignidad, no se le había, como á tantos infelices, metido en el tuétano de sus huesos y que bajo la pesadumbre de sus hierros no se habían paralizado hasta la inmovilidad su conciencia y su albedrío. Creyósele un día empujado por las artes y las artimañas del difunto Narciso, matador de su madre Mesalina y providencia del mozo á quien había hecho huérfano; mas acabado ya el fidelísimo liberto y con él sus innumerables medios de resistencia y de combate, continuó Británico perseverantísimo en defenderse, y opuso una rebelión más ó menos franca, pero continua y tenaz, al criminal despojo de su corona y á la triunfante usurpación de su derecho. Con esta continua guerra del despojado y de



Nerón laureado

los despojadores, echada en medio del conflicto que habían de suscitar las posiciones diversas de Nerón y Agripina, el drama iba tomando proporciones épicas y surgiendo á cada paso conflictos, los cuales se desenlazaban siempre por un crimen. Pero continuemos la narración.

Exaltado Nerón al trono, ya no quedaba otra cosa que hacer sino venerar al muerto. Agripina ocurrió con diligencia y cuidado á este deber, creyendo así ocultar su patente crimen y extraer de las honras á su esposo autoridad para sí. Repitiéronse por ende los funerales de Augusto. Así duraron siete días. Lo alto del Palatino sirvió de catafalco al cadáver. Un lecho de marfil y oro lo contuvo. La más rica púrpura de Tiro lo envolvió. Vaciarónlo en cera con tanto artificio que parecía vivo. Esclavas sirias con abanicos de Asia espantábanle las moscas. Senadores envueltos en sus nobles púnulas sombrías lo velaban. Hacían de plañideras las matronas patricias, vestidas de blancas estolas. Unos médicos, pagados para ello, contaban la muerte, atribuyéndola con insistencias grandes á natural indigestión. Soldados vestidos con atavíos dignos de Babilonia y de Menfis por su oriental riqueza montaban guardia numerosísima. Tras esta exposición del cadáver vinieron las procesiones antecedentes á su cremación. Los cónsules alzaron el cuerpo y lo recibió el Senado sobre sus espaldas. Una estatua de oro abría el cortejo, y un Triunfo, representado por la efigie de Claudio en carro triunfal volviendo de Bretania, seguía tras la preciosa estatua. Iban junto á estas apoteosis los predecesores del difunto, reproducidos en simulacros de materias diversas y conducidos en andas. Tras los predecesores y abuelos ondeaban estandartes sinnúmero con los nombres en sus centros de las victorias obtenidas y de las leyes dadas por Claudio. Tras estos estandartes gloriosísimos, coros fúnebres, compuestos por patricias y patricios, cantando en músicas y versos cortesanos la glorificación del despotismo y la ignominia de su propia clase. Tras los coros el Senado, el ejército, las magistraturas, el pueblo. Inmensa la procesión que, después de haber bajado la cuesta palatina y parándose algún espacio en el Foro y pasado so los medios puntos de la Vía Flaminia, tan majestuosa, llegó á la explanada del Busto, ceñida toda ella de álamos, donde se alzaba una hoguera de leños resinosos y aromados, á cuyo alre-

dedor dieron tres vueltas los pontífices, tres los caballeros sobre sus caballos y con sus banderas en los puños, tres la multitud vertiendo aromas, tres Nerón, quien, acercándose antorcha en mano, pegó á todo fuego, y nubes de aromático humo se difundieron por los aires y lluvias de ceniza se precipitaron sobre la tierra, saliendo entre las llamas águilas que llevaban las insignias imperiales de oro puro pendientes y parecían destinadas á transportar al empíreo para divinizarla el alma de tan gran muerto, convertido por la bajeza de los sobrevivientes en una especie de nuevo dios hecho y derecho. Pero faltaba lo principal del caso, faltaba que una voz elocuente y amorosa dirigiese allí mismo la indispensable apología de un difunto tan excelso y consagrarse una tan beatificada memoria. Para esto habían apercebido y preparado la voz de Nerón; y cuanto esta voz debía decir lo escribió de antemano con todos sus énfasis en sus tablillas el gran Séneca y lo decoró con todos sus artificios el joven emperador en su memoria, que lo dictaba con suma fidelidad y prontitud á los labios. Observa Tácito cómo el primer César dado á recitar oraciones ajenas fué sin duda Nerón. Notaban, dice allá en el décimotercio libro de sus Anales el gran historiador, notaban los viejos, quienes en sus ocios comparan siempre lo pasado con lo presente, cómo Nerón fué el primero en valerse de la elocuencia ajena. El gran César emuló con los oradores antiguos y fué tan diestro en decir como en pelear; Augusto hablaba con sencillez natural, como cumplía realmente á un príncipe de su habilidad soberana; Tiberio así empleaba la varonil habla de los maestros en la frase como las ambigüedades finas de los políticos en el consejo; y si Calígula calló, enmudecido á la poquedad del entendimiento y al desvarío de la fantasía, en cambio Claudio, tan torpe y zafio en la conversación particular, desilada é ilógica, solía en público hablar muy á derechas, con propiedad, con dialéctica y hasta con elegancia. Pero Nerón cantaba, componía versos y música, danzaba como el último de los bailarines, jugaba como un tirador de dados, cabalgaba en ejercicios de continua equitación, tiraba la pelota y los bolos, hacía equilibrios de titiritero, representaba como un actor de oficio, recitaba como un retórico de afición, corría como un corredor de apuestas, toreaba y tocaba las castañuelas; pero no sabía componer un discurso. Cuando Agripina le

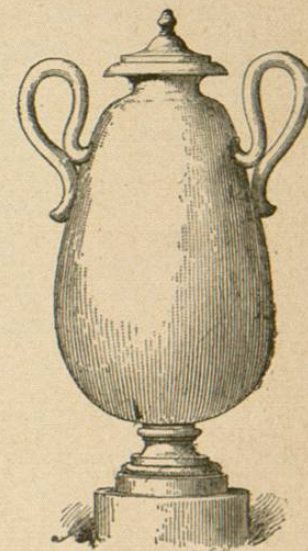
dió encargo tal á Séneca, debió éste reirse de sí mismo, puesto que nunca le habían pasado por el magín, durante todo el reinado de Claudio, más que conceptos vejatorios y caricaturas grotescas del dichoso emperador, tan herido por esto que nunca le perdonó, consintiéndolo en palacio tras muchas resistencias por mera servidumbre á la voluntad omnímota de su caprichosa mujer. Pero no había más remedio que faltar á la verdad ó morir, y Séneca faltó á la verdad por amor á la vida y por necesidad imprescindible, así de conservar su amistad constante con Agripina, como su espiritual tutela sobre Nerón. No se reiría, repito, poco para su capote aquel redomado filósofo, mientras decía su discípulo imperial estas engañosas aprendidas frases como un vocero cualquiera y como un recitador de ajenos versos y ajenas oraciones. Sin embargo, debe decirse con verdad, en honra y alabanza suya, que había penetrado en su medula el arte imperial de completa decadencia, consistente de suyo en la recitación muy sencilla y muy natural de lo pensado y de lo sentido por otro, cual si su misma persona lo pensara y lo sintiera por una sugestión interna del espíritu exaltado. Y dijo así Nerón:

«Disipado el cuerpo mortal de nuestro César y señor, no se disipará en modo alguno su memoria, que todos nosotros guardaremos como una religión de nuestras almas, y que guardarán los anales romanos como una gloria de estos sus más ilustres tiempos. Legislador consumado, ningún otro ha sabido dar leyes tan perfectas, ni acometer tan profundas reformas. Aunque sólo hubiera promulgado el rescripto emancipando los esclavos enfermos á quienes abandonan sus amos, bastaría este beneficio, por nadie demandado más que por su propia bondad, para inmortalizarlo. Mirad en las efigies que ha cincelado en piedra el arte, así como en los recuerdos que ha cincelado en cada corazón el agradecimiento, su rostro, y lo encontraréis lleno de altísima nobleza. Es verdad que tiene un tinte muy triste; pero es el reflejo de un alma muy grande. Nunca le faltó la majestad, como si la Naturaleza hubiera querido, desde que lo engendró en sus entrañas, apercibirlo al sumo Imperio. Si muchas veces solía descomponerse cuando montaba en cólera, bien pronto recaía en una calma parecida por lo sublime á la del mar sereno tras la encrespada tormenta. Si otras veces temblaba, nunca fué al miedo, siempre fué al sacudimiento de las ideas

altísimas y de las pasiones exaltadas. Alta la frente, amplio el seno, abovedado el cráneo, aguileña la nariz, desmesuradísima la boca como quien fluye ideas, grandes las orejas y abiertas á todos los soplos del espíritu, largo el cuello, blanquísima la cabellera, nervudos los brazos, fuerte la fibra, durísimo el hueso, sólido el tuétano, parecía un dios modelado por Grecia en las canteras de Paros. Y su natural interno consonaba tanto con su complexión moral cuanto con su inextinguible inteligencia. Muchos de los enemigos, eternamente suscitados al genio por la envidia, le dieron en rostro con su afán de asistir á los tribunales y su hábito de dictar sentencias. Pero esto, en último resultado, demuestra lo mucho que se desvivía por todos los ciudadanos y cuánto le interesaba el bien particular de cada cual de sus vasallos. Designado un pleiteante para juez, declara tener necesidad de abogar por sí en un pleito. «Aboga—le dice Claudio—y veremos en el juicio que formes de lo tuyo cómo juzgas y aprecias lo ajeno.» Nunca se acordaba en el tribunal de que fuera emperador y siempre se creía juez. Un acusado arrojó cierto día, en raptó de rabia natural, á su frente las tablillas donde apuntaba sus descargos, y cuando todos aguardaban que por aquel desacato lo entregase al verdugo, Claudio lo entregó á los abogados, diciendo que todo debe perdonarse á quien sufre persecuciones ante los tribunales, y que un magistrado debe acompañar la justicia con la bondad. No se movía de su asiento, y cuando un abogado informaba de prisa, por creerle cansado, asegurábale cómo creía que acababa de comenzar en aquel momento. Su desvelo por el pueblo llegaba hasta enterarse de todo cuanto se guisaba en los ínfimos tugurios y á procurar que no faltase carne y pan en hogar ninguno. Cuando se trataba de construir no era menos ducho y menos hábil que cuando se trataba de juzgar, y en materia de arquitectura campeaba cual en materia de legislación. Sólo con sus leyes podrán compararse sus monumentos. Y estos monumentos jamás fueron templos consagrados á su orgullo, sino verdaderas obras de utilidad general. Puentes abrazando las apartadas orillas de los amplios ríos, puertos requiriendo las naves de todos los climas, faros como el célebre de Alejandría que esclarecen las riberas de Ostia y las marismas de Ravena, acueductos inmensos merced á los cuales Roma y sus innumerables habitantes se bañan á diario, acequias

abiertas, lagunas desecadas, minas puestas á flor de tierra por la explotación maravillosa de sus filones, caminos para unir los extremos del Imperio, las legiones que siembran ruinas y muertes trocadas en bandadas de trabajadores, el mundo pacificado por el derecho, los altares al culto restituídos, he ahí cuanto debemos al gran emperador que lloramos. Ved el Circo redorado, los monolitos egipcios traídos del desierto y levantados á la entrada del templo de Augusto, la estatua colosal del Padre de los dioses colocada en los vestíbulos del teatro Pompeyo, el célebre lago Fucino que nos envenenaba los aires con sus miasmas devuelto á Ceres que lo corona con sus espigas, los arcos recordatorios del triunfo sobre la brumosa Bretaña, el agua Claudia refrescando nuestras fauces y curando nuestros cuerpos; ved todo esto y decidme luego si, más que dolernos de su ausencia, no estamos en el caso de tomarlo por una divinidad que acaba de llegar ahora mismo al seno del Olimpo. Y sus rescriptos igualan á sus monumentos, porque protegen la inocencia, y abrogan los sacrificios humanos en las selvas druidas, y mejoran la condición del siervo, y alejan los criminales de Roma, y previenen los incendios, y facilitan la popular alimentación, como su política venga en grandioso desquite la rota infligida por los alemanes á Varo, humilla el orgullo de la Gran Bretaña sometiéndola tras una larga serie de triunfos al yugo romano, civiliza las dos Mauritánias incorporándolas al Imperio, sujeta las gentes vencedoras de Craso en Asia, recibe los homenajes de aquellas tribus gobernadas por Mitrídates que mil veces nos hicieron frente, y desde la blonda tierra de los bosques hasta las inaccesibles montañas de Armenia extiende las dos alas de nuestra grande imperial águila y el poder de nuestro áureo cetro. Y no se contentó con dar tanto que decir á la historia y tanto que hacer á la corte: cogió el estilo de los historiadores, y contó los hechos con aquella misma grandeza en escribirlos que tuviera en ejecutarlos. Pero ¡ah, romanos!, antes se gastarían las tablas de bronce guardadoras de todos estos hechos en retenerlos y conservarlos que yo en referirlos y vosotros en agradecerlos. Hora es de que coronemos todo lo hecho estos días en loor de Claudio con aquello que más debido me parece, con la proclamación de su divinidad. No es Claudio un César, Claudio es un dios.»

Mientras Nerón pronunció estos discursos reinaron afectos opuestos en el auditorio. La parte del pueblo, mejor y más sincera y más ingenua que la parte del privilegio, no obstante la perversión universal, tomó lo dicho como corriente moneda y creyó á Claudio una especie de divinidad mayor, viendo su alma en el horizonte parecida de suyo á esos cometas que lucen hasta con el sol de mediodía y que misteriosamente destacan su cola, inesperados y súbitos, en la luminosa inmensidad. La parte que llamaremos del privilegio, para encerrar tantas categorías diversas en una sola denominación, senadores, caballeros, patricios, magistrados, políticos de todas categorías, parte más picada por los enconos adquiridos en el combate diario y más corrupta por la gangrena que condensa y acumula el despotismo en los ánimos, se burló con acres sonrisas, como las propias de los genios malos, y con silbidos casi ahogados é imperceptibles como los que lanzan las serpientes atiborradas y hartísimas en sus ocultos nidos. Signo de los tiempos: quien más se burlaba de la oración fúnebre aquella era el mismo que la compusiera, el redomado Séneca. Lo relativo á una política de la cual sólo había sacado el destierro, le hacía desternillarse de risa, que algunas veces significa la más patente manifestación de afecto á ella tan opuesto como la rabia. Únicamente Agripina se mostraba en conformidad con las loas, porque le parecían propias á engrandecer su augusta persona y á prosperar sus ambiciosos proyectos. Con darle de prestado al mártir la naturaleza divina, créalo compensadísimo de la muerte violentísima que le había hecho apurar en un plato de setas y del dolor horrible que le había traído la postrer agonía terriblemente agravada por las precipitaciones é impacencias de rematarlo como á toro temido. Lo cierto es que aquella mujer arterísima, concentrada largo tiempo en el propósito de matar á quien le diera un trono á ella y exaltara el hijo de ella con manifiesta imprevisión á los cuernos de la fortuna,



Urna cineraria